

# I

—Yo también te quiero... pero como amigo.

Estaba preparado para todo menos para lo más obvio: «Podemos ser amigos». Interminables noches en vela diseñando este momento. Había recopilado todas las posibles respuestas y valorado todas sus réplicas, ensayado todas las situaciones imaginables (incluso alguna inimaginable en la que el equipo de cheerleaders de Los Angeles Lakers se unía a la fiesta o aquella otra en la que unas contortionistas del Cirque du Soleil... bueno, es igual, ahora no viene a cuento) y la más probable, la más segura, no la había querido ni contemplar: «Yo también te quiero... pero como amigo». Ésa había sido la respuesta de Carla.

Tras unos 20 años de «noviazgo asimétrico» —como él lo solía llamar cuando no estaba ella, es decir, que él la consideraba casi su novia y ella en absoluto— se había decidido a declararle su amor. Se había puesto sus mejores galas, incluso su mejor calzoncillo por si la cosa iba mejor de lo que esperaba. La había citado en el Riquis, el bar de siempre al que nadie llamaba por su verdadero nombre: Casa Ricardo (especialidad en productos gallegos). Después de pedir las consumiciones le tomó la mano y le dijo sin rodeos que la quería. Ante lo que ella respondió con sorpresa que también le quería... (pausa dramática durante la cual él empezó a generar adrenalina con el fin de preparar su cuerpo para un salto de alegría doble mortal carpado) pero como amigo (mensaje a todos los músculos: aborten el salto, repito, aborten el salto).

—Pero, ¿por qué como amigo? Me has dicho mil veces que me quieres —respondió Boni nervioso, casi tartamudeando.

—Sí, es verdad: te quiero muchísimo... pero como amigo.

- ¿Y no puedes quererme como algo más?  
—No. Eres mi amigo. Y no quiero perder nuestra amistad.  
—Pues ya no quiero ser tu amigo.  
—Boni, eres un tío de puta madre.  
—¿Podrías dejar de usar tópicos?  
—No quiero hacerte daño.  
—Te he dicho que no uses tópicos, por favor.  
—No quiero que nuestra amistad se estropee.  
—No me estás escuchando, deja de...  
—No eres tú, soy yo.  
—¡Para ya!  
—Nada es más importante que nuestra amistad.  
—Bueno, ¡basta!  
—Quiero que seas feliz...

Un zumbido con una melodía de Camela penetraba el cerebro de Boni. Creía que era el dolor por la pérdida (aunque, ¿se puede perder algo que en realidad nunca se ha tenido?) o la consternación por una respuesta no esperada. Boni pensó que el cerebro puede ser muy cabrón, hasta puede provocarse dolor a sí mismo en forma de melodía de Camela. Qué inventiva. Qué crueldad. Pero no era su cerebro siendo sádico: era el nuevo tono del teléfono móvil de Carla cuando llamaba el Jonathan (con el artículo delante).

- Hola, Jonathan.  
—...  
—Sí, aquí, en el Riquis, con Boni.  
—...  
—No seas cruel...  
—...  
—Va, que es mi amigo.  
—...  
—Ja, ja, ja... cómo te pasas, pobre. Va, tío.

Boni intentaba hacer ver que no la oía o al menos hacer ver que no se daba cuenta de que hablaban de él o al menos hacer ver que no se daba cuenta de que hablaban de él con desprecio. Y no imaginarse las palabras exactas al otro lado del teléfono, cosa nada difícil ya que el Jonathan no debía de saber más de ciento cincuenta palabras, la mitad de ellas acabadas en -neng.

—...

—Sí, nos vemos allí. Lo estoy deseando.

—...

—No, voy sin.

—...

—Yo más, cari.

—...

—Cuelga tú.

—...

—No, tú.

Por no aburrir al lector, no malgastar más árboles de los necesarios en la fabricación de papel y no disparar el modesto presupuesto del editor nos ahorraremos quince minutos de conversación de postadolescentes horteras rebosantes de azúcar y hormonas.

Por fin Carla colgó. Tras un suspiro regresó al mundo real y se dio cuenta de la ahora incómoda presencia de Boni.

—Esto... ¿por dónde íbamos? Ah, sí: lo siento, Boni. Te mereces una tía mejor que yo.

Boni intentó quemar su último cartucho.

—¿El problema es que soy tu amigo?

—Sí.

—¿Y si fuera otra persona distinta? ¿Un hombre nuevo?

—Pero no lo eres.

—Pero lo podría ser.

—No sé, Boni, es todo tan complicado. No quiero hacerte daño.

—Ese tópico ya lo has dicho antes. Repetido.

Aunque la propaganda feminista proclama que el hombre es incapaz de pensar en dos cosas a la vez y la mujer sí, la verdad es que en ese momento Carla sólo podía pensar en el Jonathan y en el polvo o polvos que le iba a echar esa tarde. Debía deshacerse de Boni, su mejor amigo, su confidente, ese ser irremplazable, su alma gemela, bla, bla, bla... cuanto antes.

—Yo qué sé... quizá sí... no sé... estoy confusa... No me esperaba esto de ti. No esperaba eso de «mi amigo».

—Seré otro hombre por ti. Un Boni nuevo. De hecho ni me llamaré Boni.

Boni, es decir, Bonifacio, formaba parte de una extensa tradición familiar que se pierde en los anales de la historia: el primer hijo varón de la familia se llamará Salustiano, el segundo Bonifacio, que así se escriba y así se cumpla. Él fue el segundo. Es posible que en el Cretácico ya hubiera algún tiranosaurio llamado Boni. Uno de sus antepasados, un tiranosaurio que fuera el objeto de las burlas del resto de tiranosaurios e incluso de algún valiente triceratops. Un tiranosaurio con quien las hembras de tiranosaurio rechazaran el apareamiento por no «estropear su amistad»<sup>1</sup>. Boni no entendía dos cosas de esa tradición familiar. En primer lugar, no entendía por qué se condenaba a alguien una existencia de vejaciones con conocimiento de causa (el que ponía lo nombre ya sabía de sobra lo que aquello suponía). Y la segunda cosa que no entendía era cómo todos

---

<sup>1</sup> Los tiranosaurios tienen unas extremidades delanteras perfectas para marcar comillas.

sus antepasados Salustianos y Bonifacios habían conseguido procrear nuevos Salus y Bonis a través de los tiempos. Sobre el papel debían de estar condenados a una virginidad perpetua, pero de alguna manera conseguían engendrar más desgraciados. Bonifacio es un nombre que marca, para mal, que te imposibilita para muchas cosas. Ningún Bonifacio será presidente de los Estados Unidos de América, ni será el primero en pisar Marte, ni ganará Eurovisión, ni, más importante todavía, será digno de salir con Carla. Boni siempre estaría condenado a ser el bufón, el blanco de las burlas, el mejor amigo, el hombro sobre el que llorar, el eterno consejero, el pagafantas... Cuántas horas había pasado al teléfono con Carla, escuchando las historias de cómo el Jonathan la maltrataba, la ignoraba, le ponía los cuernos, la vejaba... Cuántos *whatsapps* a horas intempestivas, cuántos mails, cuántas veces lo había dejado todo para ir a consolarla, cuántos castos abrazos... Él la habría tratado como a una reina pero ella siempre volvía con el Jonathan, que la recompraba con algún detalle estúpido: unas entradas para el concierto de El Canto del Loco (por dios, El Canto del Loco no, llévala a un concierto de música, de música de verdad), un tatuaje en japonés en el que presuntamente ponía *Carla* (y que Boni estaba convencido de que ese tatuaje servía para camelar a cualquier tía y que ni siquiera era japonés auténtico), un poema cutre sacado de google...

Pero la esperanza es lo último que se pierde y Boni aún veía una oportunidad: presentarse ante Carla como otro hombre. Un hombre nuevo, interesante, atractivo y, sobre todo, no su mejor amigo. Tan absorto estaba en esa vana esperanza que no se había dado cuenta de que hacía un cuarto de hora que Carla ya no estaba con él. (Por si el

lector ya siente empatía por Boni no diremos aquí qué estaban haciendo Carla y el Jonathan en ese preciso instante aunque no es muy difícil de imaginar<sup>2</sup>).

Eso sí, Boni, como siempre, tuvo que abonar las consumiciones: una cerveza y una fanta de naranja.

## II

—Yo también te quiero... pero como amigo.

—¿Cómo sabes que me respondió eso?

—Hombre, es evidente. No me imagino otra respuesta por parte de Carla. Ni de ninguna chica.

Boni no podía creer que Jorge le estuviera diciendo eso. Jorge era su amigo de la infancia. Se conocían desde el parvulario, cuando coincidieron en ser el blanco de las bromas del matón de clase. Compartieron matón unos cuantos cursos y luego cada uno pudo disfrutar del suyo propio. Durante el bachillerato incluso se intercambiaban matones en función de los horarios de clase. Boni y Jorge habían vivido juntos muchas experiencias, la mayoría negativas. Las únicas experiencias positivas compartidas estaban relacionadas con los cómics, el fútbol o los videojuegos. Y siempre se habían apoyado. Por eso ahora, sentados en el respaldo del banco del parque donde tantas conversaciones (casi siempre tristes) habían tenido, esperaba algo más de comprensión por su parte.

—¿Que no imaginas otra respuesta? ¿No crees que me podía haber dicho que sí quería salir conmigo, que me ama con locura desde hace años pero que no sabía cómo decírmelo?

---

<sup>2</sup> Cuidado, *spoiler*: estaban copulando.

—¿Que lo que en realidad deseaba era que le arrancaras la ropa y la poseyeras allí mismo? Pues claro que no. Desengáñate, Boni. No vivimos en el mundo de las personas normales. Vivimos en el mundo de los pagafantas, de los «mejores amigos», de la eterna *friendzone*. Y los habitantes de ese mundo nunca se llevan a la chica. Se la llevará el Jonathan o gente como él.

—Va, no me jodas, ¿cómo va a preferir al Jonathan antes que a mí? Lo que pasa es que no me conoce bien.

—Sólo te conoce desde hace veinte años.

—Pues no se conoce a ella misma. No sabe que le gustan los chicos sensibles, fans de Star Wars, que dedican muchas horas de su tiempo a leer cómics y ver series...

—Y al onanismo.

—Bueno, no tiene por qué conocer en detalle todas mis aficiones.

—A una tía como Carla nunca le gustará alguien así.

—¿Onanista?

—No me refería a eso. Mira, el Jonathan tiene todo lo que quieren las tías: es guapo, alto, cachas, es popular, tiene muchísimas seguidoras en facebook y twitter y ni siquiera sabe escribir. Tiene un coche tuneado, tatus, piercings, anillacos, tiene seguridad en sí mismo, es un malote, se hace *selfies* molones...

—Y es un imbécil, un descerebrado que no sabe hacer la o con un canuto.

—Irrelevante. No creo que Carla le pida hacer la o con un canuto. Emplearán el canuto para otras cosas. Por cierto, hablando de canutos, ¿quieres echar una calada? Me han traído un afgano que es canela fina.

—Te podrías ahorrar los sarcasmos, estoy demasiado jodido para aguantar tus bromitas.

—Bueno, perdona. Pero creo que te ayudaré más abriéndote los ojos que mintiéndote. Olvídala. Ignórala. Cuando te llame porque ha descubierto la enésima infidelidad del Jonathan cuélgale el teléfono. Y ni se te ocurra quedar con ella. Que sufra.

A Boni entonces se le iluminaron los ojos. Iba a hacer a Jorge partícipe de su magnífico e infalible plan.

—He tenido una idea mejor.

—¿Cuál? ¿Te vas a gastar el sueldo en drogas y mujeres? ¿Me invitas?

—No. Mejor.

—¿Mejor que drogas y mujeres? ¿Drogas, mujeres y fútbol? ¿Drogas, mujeres y... más mujeres? ¿O más drogas?

—Voy a convertirme en otro hombre. La voy a enamorar. Boni ha muerto. Viva el nuevo... ya se me ocurrirá el nombre.

—¿Y qué harás?

—Todavía no lo sé. Tengo que pensarlo. Pero si el problema es que Boni no le gusta porque es su amigo inventaré un hombre nuevo del que sí se enamorará. Renunciaré a mi vida actual. A todo.

—¿Y a tu colección de cómics?

—Si hace falta sí.

—¿Estás seguro de lo que acabas de decir?

—Bueno... he dicho si hace falta. Igual me he dejado llevar por la emoción.

—Si vas a renunciar a tus cómics sabes que yo haré un buen uso de ellos.

—Repito: sólo si hace falta.

—Te recomiendo que veas todos los programas de *Mujeres y Hombres y Viceversa* o *Gran Hermano*. O Tele5 en general. Allí aprenderás cómo es el tipo de tío que les gusta a las tías, je, je.

—No sé por qué tienes ese concepto de Carla. Ella es una chica sensible, inteligente... pero a ti te cae mal y por eso le ves sólo defectos.

—Sólo defectos no. Tiene un cuerpazo espectacular, unos pezones que cuando hace frío se yerguen enhiestos...

—Bueno, vale ya.

—Pues claro que me cae mal. Porque veo lo que te hace. Cómo te utiliza como paño de lágrimas y luego cómo te tira cuando aparece el Jonathan.

—Todo eso es porque no conoce al hombre nuevo...

En ese momento pasó el Jonathan con su coche tuneado. Carla iba a su lado. Se paró estratégicamente donde Boni y Jorge le pudieran ver bien. Se dieron un morreo con tanta saliva que grandes gotas salpicaron por dentro la luna delantera. Los chasquidos de entrechocar lenguas, labios y piercings se oyeron por todo el barrio. Sus campanillas entraron en resonancia y emitieron un sonido que rompió varios retrovisores en los coches adyacentes y disparó las alarmas de los comercios cercanos. Tras unos interminables minutos que a Boni le parecieron años y durante los cuales su alma envejeció, el Jonathan se secó la saliva con la manga en un gesto muchas veces ensayado, hizo rugir el motor, sonrió, metió primera y salió quemando rueda. Casi atropella a una anciana con andador que se reveló como una gran conocedora del lenguaje soez.

Cuando la mujer dejó de gritar arcaicos improperios se hizo el silencio entre Jorge y Boni, que miraban al suelo cabizbajos.

—No somos nada —dijo Jorge dando una honda calada a su porro.

—Sí, pero al menos tú no te llamas Bonifacio.